

de la naturaleza para atenuar los obstáculos que opone á la satisfacción de nuestras necesidades (1).

En el socialismo los hombres serán más libres, porque no existirá, como hoy existe, una clase privilegiada que, detentando el poder, supedita al triunfo de su egoísmo la libertad de la clase dominada.

La libertad socialista para quien ame la libertad no como monopolio de pocos sino como privilegio de todos, será la verdadera, porque será la libertad social.

(1) *Pensiero Italiano*, página 499. EMILIO CALDARA: *Del concepto de la libertad en el orden económico*: «La raza humana, organizada en amplia sociedad confederada (cap. IV, 5), habrá llegado al mayor grado posible de libertad cuando sepa destruir todos los obstáculos que las fuerzas cósmicas externas oponen á la libre satisfacción de sus necesidades y servirse de los elementos naturales hasta donde es humanamente posible utilizarlos; cuando ningún interés privado se oponga al interés general, ningún consumo sea improductivo, ninguna energía se pierda en la esfera particular, ya sea individual, ya sea de clase ó de país, ninguna retribución sea desproporcionada al servicio, ningún servicio quede sin reciprocidad ni complemento; cuando, en suma, la función económica sea función de la sociedad humana.»

CAPITULO V

La monotonía de la sociedad socialista.

UNA vez demostrado en qué consiste la igualdad á que el socialismo aspira, y evidenciado que éste habrá de fomentar la actividad individual y el progreso humano, mediante la libertad de acción que á todos garantiza, parece innecesario perder el tiempo en refutar el estereotipado argumento que la crítica superficial formula diciendo que la sociedad socialista será desesperadamente monótona.

Pero teniendo en cuenta la tenacidad con que tales equivocados conceptos arraigan en los cerebros, y la dificultad que la mayor parte de los hombres siente para inducir y deducir por sí mismos, por claros que sean los antecedentes de que hayan de partir,

se comprenderá la conveniencia de detenerse un momento á refutar esa objeción constantemente repetida, empresa que es tanto más fácil cuanto más triviales son los motivos en que se apoya.

Una triste cantinela llega á nuestros oídos cuando se habla de la monotonía de la sociedad socialista.

Parece como que queremos crear un mundo en que los hombres han de ser todos morenos ó rubios, altos ó bajos, imbéciles ó geniales; las casas exactamente iguales; la vida igualmente larga; en que á una misma hora se coman los mismos manjares en idéntica cantidad; en que ha de dormirse á un mismo tiempo; levantarse en un momento determinado, y quién sabe si hasta poner las montañas á un mismo nivel.

Según los señores que entonan esa triste canción, hemos de sentir todos un fastidio infinito, porque estando el general bien-estar asegurado á todos, nadie desplegará la menor actividad; los hombres de ingenio no harán más descubrimientos, ni escribirán más libros, ni compondrán más música; los enérgicos perderán su carácter, entonces inútil, ya que deberá acomodarse al tipo medio de los más; y todos, jóvenes y niños, después de realizar el escaso trabajo

necesario y obligatorio para procurarse la subsistencia, pasarán el tiempo tocándose la barriga como los monjes del immaculado Athos.

Aun siendo la sociedad socialista tal como la describen sus contradictores, no existiría en ella el contraste de un hombre descalzo y astroso y otro perfumado y peripuesto; ni del lupanar inmundo y el palacio suntuoso; ni de familias enteras que tiritan de frío y mueren de hambre, mientras otras tienen palacios y carruajes; ni de los niños desarrapados de los pobres y los robustos, aseados y alegres hijos de los ricos; ni de centenares de hombres sin trabajo que recorren las ciudades pidiendo limosna, en tanto que en los círculos y casinos, por cuya puerta pasan, otros matan el tiempo jugando y malgastando miles de pesetas.

En esa sociedad de aburridos—se añade—no se oirá tampoco el alegre son de las charangas militares, ni se presenciará la brillante parada de las tropas.

Es indudable que en la sociedad socialista no existirá esa variedad que nace de la injusticia erigida en sistema, de la lucha cruel de los hombres entre sí, de los contrastes dolorosos que forman los buenos que sufren y los malos que disfrutan, los peores

que mandan y los mejores que obedecen.

La monotonía de la sociedad del porvenir podrá ser quizá la monotonía del bien, de la felicidad compatible con la naturaleza humana.

¿Y quién se atreve á rechazar esta supuesta monotonía? ¿No será un loco moral quien sostenga la necesidad de los criminales, la existencia del ladrón, del estafador, del homicida, para evitar la monotonía de una sociedad de hombres honrados, en que no haya defensas de abogado, ni inquisitorias y acusaciones fiscales, ni policías, ni soldados, ni necesidad de estimular la prudencia para defenderse de los defraudadores, ni de avivar el esfuerzo para contener á los desalmados?

Reflexionando sobre la repetida observación de nuestros adversarios de que el socialismo prepara una vida monótona y aburrida, se deduce forzosamente que la existencia presente no lo es ó que lo es menos de la que nosotros anhelamos.

Objetivamente la existencia moderna no es monótona; pero subjetivamente, salvo contadas excepciones, lo es en un grado máximo.

Las grandes industrias, el comercio, la febril agitación que es la nota más saliente

de la época moderna, dan, en efecto, por resultado un conjunto de inmensa variedad; pero ésta no existe para los individuos que en esos actos intervienen, aun cuando sugestione á los que se limitan á contemplar tan animado conjunto.

Quien visita una fortaleza y presencia las evoluciones de los regimientos, de los batallones, de las compañías, de los pelotones, de las escuadras, y las marchas en columna, y los cambios de frente, y el manejo del fusil, encuentra variado y entretenido el espectáculo de aquel millar de soldados en movimiento, sin pensar que cada uno de ellos se aburre extraordinariamente y realiza un trabajo de los más pesados y monótonos.

Quien va al teatro y ve todas las tardes una función diferente, daría prueba de escaso juicio si dedujese de su propia diversión la de los actores, para quienes las representaciones, que al espectador parecen nuevas, son, por el contrario, repetición automática de obras representadas centenares de veces.

Pues bien; el razonamiento del que alaba la variedad que la vida social individualista ofrece á los hombres, equivale exactamente al razonamiento que, de la variedad de los

ejercicios complejos de una brigada de soldados, deduce la variedad del ejercicio de cada uno de éstos, ó de la variedad de las representaciones dramáticas, infiere la diversión de cada uno de los actores.

La variedad de nuestra actual sociedad es una variedad enteramente objetiva.

Cierto que quien contemple el desorden de nuestra vida diaria, y el comercio y la industria, y el bullicio de la ciudad y los millares de viajeros que transitan por los caminos de hierro, y los millares de navegantes que atraviesan los mares, y observe en todas partes la agitación y el trabajo incesantes de la muchedumbre en los talleres, en los campos, en las escuelas, etc., etc., recibe la impresión de una actividad y de una energía constantes, extraordinarias, crecientes, que excluyen en absoluto toda idea de monotonía.

Pero si abandonamos el conjunto de toda la vida moderna para descender á los individuos uno por uno, y observamos la vida de cada uno de ellos, es forzoso reconocer que la inmensa mayoría invierte actualmente el tiempo en ocupaciones autómatas, en repeticiones enojosas de profesiones y de oficios.

Así como de la combinación de muchas

partículas, que, aisladas, no tienen valor estético alguno, resulta el artístico mosaico; así de la combinación de las ocupaciones individuales, que en sí mismas son monótonas, resulta la variedad de la existencia universal.

Cuando vemos una población rica en negocios, y observamos el constante ir y venir de las gentes, el continuo tránsito de comisionistas y factores, nos parece que los comerciantes, los comisionistas y los dependientes no deben aburrirse jamás por la variedad de su género de vida.

Pero apenas consideremos que semejante género de vida es siempre igual y ha de durar diez, veinte, treinta años, y que, en ese tiempo, comerciantes, factores y comisionistas no hacen, respectivamente, más que comerciar, vender y comprar mercancías, hacer trajes, escribir notas, cerrar paquetes, y esto el lunes, y el martes, etc., y en invierno y en verano, y en primavera y en otoño, advertiremos que la variedad de aquella ciudad mercantil sólo existe para el espectador.

La monotonía es inevitable en el régimen económico actual.

El régimen de la libre concurrencia impone la más extraordinaria división del

trabajo, y, por consiguiente, la mayor especialización de los trabajadores.

Y esta especialización origina la más desesperante monotonía en la labor.

El empleo de la maquinaria, tan beneficiosa y preponderante en el régimen del capital privado, obliga al operario á la ocupación, poco intelectual y muy aburrida, de vigilar el regular funcionamiento de las máquinas.

¿Puede concebirse nada más monótono que la tarea del obrero que durante diez, doce ó quince horas diarias repite en el telar un movimiento siempre igual al movimiento anterior, y que si no fuese monócrono podría ocasionarle la muerte?

El mundo de los proletarios es una protesta contra la variedad, subjetivamente considerada, de la vida moderna.

El minero, que en el fondo de la mina maneja un pico de sol á sol; el albañil, que subido en el andamio ó á horcajadas sobre un madero, respira durante todo el día el polvo de la obra que levanta ó demuele; el herrero, que pasa diez ó doce horas seguidas golpeando en el yunque ó moviendo el fuelle; el leñador, que pasa meses y años podando y derribando árboles; el zapatero, que clavetea suelas en su reducido portal;

la modista, que consume su juventud confeccionando vestidos; la lavandera, arrodillada de continuo en su banca; el dependiente de comercio, que vive en un tenducho sin aire y sin luz; el escribiente, que durante diez años copia cartas que no comprende ó que no le interesan; toda la muchedumbre condenada á ganar el pan con el azadón, con la hoz, con la pluma, con la aguja, sin cambiar nunca de ocupación ó cambiando de ella á largos intervalos, afirma con voz doliente que la monotonía pesa como una capa de plomo sobre la sociedad individualista.

La existencia es muy divertida para el parásito enriquecido, no para el que trabaja, á pesar de lo que se dice del trabajo, con interesado elogio, llamándole satisfacción y premio de sí mismo.

El trabajo causa alegría y satisfacción cuando produce en proporción al esfuerzo empleado, y cuando estimula y se acomoda á las aptitudes y facultades del que lo realiza; no cuando convierte al hombre en máquina.

Para el ocioso afortunado, la vida no es monótona porque puede entretener el día paseando en carruaje, ó visitando una exposición, ó descansando en un confortable casino, ó asistiendo á una partida de caza,

ó distrayéndose con los espectáculos del deporte, ó en el higiénico ejercicio de la equitación ó de la esgrima, etc., etc.; y por la noche, después de un banquete con amigos ó amigas, puede asistir á un baile, ó á un teatro, y á última hora á una alegre cena, vida que hace en Niza y en Montecarlo durante el invierno, y en San Moritz, en el Rigi ó en las playas de Rimini ó de Livorno, durante el verano.

A excepción de los «diez mil privilegiados» y de algunos industriales, comerciantes y profesionales en quienes la monotonía se sustituye por una variedad extremada, necesariamente morbosa, para la generalidad de los hombres la vida moderna es cruelmente monótona.

La vida de la sociedad socialista no será, ni podrá ser más monótona que la actual. Facilitará la quietud necesaria á la naturaleza humana, que es enemiga de todo esfuerzo gigante; pero lejos de ser menos variada, lo será mucho más que en la sociedad individualista.

El socialismo, por su constitución, habrá de ser esencialmente vario, considerado en sus componentes; mientras el capitalismo, por su propia naturaleza, es para los individuos esencialmente monótono.

El socialismo que implica la participación en el trabajo de un contingente de hombres mucho mayor que el actual, dirigirá, además, la actividad de todos ellos á la producción de cosas útiles, no poniendo, como al presente ocurre, el mayor caudal de energía al servicio de obras inútiles.

Esto dará por resultado disminuir el trabajo del enorme número de individuos que, forzados á trabajar para vivir, no hacen hoy sino vivir para trabajar.

Pablo Lafargue, en su opúsculo titulado *El derecho al ocio*, ha dicho que, en una consociación socialista, bastará que se trabaje durante tres horas diarias, pudiendo dedicarse las restantes á la cultura, al recreo y al descanso.

Aparte de la previa determinación de horas que es imposible señalar con exactitud, es indudable que en el socialismo no podrá haber esas jornadas monstruosas que constituyen la vergüenza del régimen burgués.

Y si el trabajador no tendrá entonces absorbido el día entero en la conquista del pan, es natural que su vida sea menos aburrida.

Cuando toda la energía física, intelectual y moral no se agote en el trabajo de la tienda, del campo, del taller, de la fábrica,

habrá medio de estudiar, de educarse, de civilizarse.

La práctica de ocupaciones diferentes eliminarán, por tanto, el tedio de la vida, y el obrero, que en el régimen individualista consume la juventud, la virilidad, la vejez, en la repetición cansada de unos mismos actos, hallará la variedad de la vida en la libre variedad de la acción.

Mientras en el régimen individualista es forzoso tener una profesión ú oficio, que no siempre responde á las inclinaciones del que la ejerce ó practica, faltando por ello entusiasmo para el trabajo, en el régimen socialista las ocupaciones corresponderán en todo caso á las capacidades y aptitudes individuales, por lo que el trabajo será un elemento de satisfacción.

Los teatros, los museos, las exposiciones de arte y de industria, etc., abiertos á todo el mundo, ofrecerán á todos un eficaz medio de instrucción y de sano esparcimiento.

De este modo, colegiada la colectividad para un solo fin, el bienestar individual, utilizadas todas las fuerzas sociales, sin que sea posible el abuso de ellas, se aplicará la inmensa potencia redentora de sus millones de cerebros y de brazos á producir cuanto

sea necesario para hacer la vida menos penosamente monótona.

El socialismo aparece monótono á aquellos que, nacidos en la clase dominante, no han conocido en toda su espantosa y abominable realidad las condiciones en que viven las clases pobres.

Pero el socialismo, en rigor de verdad, no tendrá más que una monotonía: la monotonía de la mayor felicidad que es compatible con la naturaleza humana.

